

Andreu Navarra Ordoño

El anticlericalismo

¿Una singularidad
de la cultura española?

CÁTEDRA

La historia de...

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
CAPÍTULO PRIMERO. El anticlericalismo, hoy	13
CAPÍTULO 2. Laicismo y anticlericalismo: conceptos básicos	39
CAPÍTULO 3. Las raíces del anticlericalismo (siglos XVI y XVII): el antijesuitismo	57
CAPÍTULO 4. La Iglesia y la Ilustración	73
CAPÍTULO 5. El regalismo	97
CAPÍTULO 6. Las políticas liberales	109
CAPÍTULO 7. Las desamortizaciones	127
CAPÍTULO 8. Las defensas del protestantismo	133
CAPÍTULO 9. Masonería y poder político	139
CAPÍTULO 10. La publicística republicana, radical y anarquista	155
CAPÍTULO 11. El conflicto entre la ciencia y la fe	173
CAPÍTULO 12. El catolicismo en las Constituciones españolas ...	195
CAPÍTULO 13. La literatura anticlerical de la Restauración	213
CAPÍTULO 14. Las destrucciones de edificios religiosos	237

CAPÍTULO 15. Agresiones al clero y un intento de exterminio (1936)	261
CONCLUSIONES	295
BIBLIOGRAFÍA	301

CAPÍTULO PRIMERO

EL ANTICLERICALISMO, HOY

El día 29 de mayo de 2012 aparecía una noticia bien curiosa en la página 26 del periódico *La Vanguardia*. El titular decía: «El gobierno no permitirá que la Iglesia pague el IBI». El contenido de la polémica, a la vista está: en un contexto de crisis económica generalizada, el Estado debía recaptar la mayor cantidad de dinero posible procedente de los impuestos, y exenciones como la de la Iglesia católica eran poco menos que un insulto para los sectores progresistas y laicistas. Alfredo Pérez Rubalcaba remarcaba la necesidad de que la Iglesia contribuyera como todo el resto de la ciudadanía a los gastos públicos, especialmente en momentos de extrema dificultad. Los recuerdos históricos empezaron a aflorar, puesto que el problema de las contribuciones eclesiásticas venía siendo un conflicto grave para la política española desde, por lo menos, 1713, año en que Melchor de Macanaz se desplazó hacia tierras valencianas para imponer la autoridad real sobre el clero austracista. En aquella coyuntura el clero protestó airadamente y se preguntó cómo era posible que un magistrado se creyera con suficiente autoridad como para imponer leyes civiles a miembros de la Iglesia.

La Inquisición abrió un proceso contra Macanaz y este tuvo que salir exiliado para evitar males mayores. El primero de una larga serie de intelectuales del siglo XVIII que tuvo problemas serios con el Santo Oficio.

La respuesta del Gobierno de Mariano Rajoy, naturalmente, era netamente clerical y evasiva, estrictamente conservadora. Pero entre las palabras del presidente leí un comentario muy interesante que suscitó inmediatamente nuevos recuerdos históricos. Declaró Rajoy que el PSOE, habiendo gobernado durante veinte años, nunca había tenido una iniciativa similar durante las legislaturas de Felipe González. Más allá de la clásica atribución de errores pasados a etapas de gestión socialista, se me ocurrió pensar en Sagasta, Moret, Romanones, Canalejas, esos viejos liberales que únicamente desenterraban la vieja hacha del anticlericalismo en períodos de reclutamiento de electorado, cuando el apoyo del pueblo a unas determinadas medidas lo exigía. Dicho de otro modo, Rajoy acusaba a los socialistas de ejercer la demagogia y de desenterrar, justo cuando menos electores apoyaban al partido socialista, una cuestión que debería haberse resuelto durante la Transición.

¿Realmente se pudo, durante la Transición, negociar estas condiciones del nuevo Estado democrático?

Es como para meditarlo, independientemente de si opinamos que la Iglesia debe pagar IBI o no. He reportado este ejemplo, extraído de un periódico cualquiera de un día cualquiera, para intentar demostrar hasta qué punto sigue vigente un viejo problema de la sociedad española, hasta qué punto siguen vivas las corrientes clericales y anticlericales, incluso dentro de sus comportamientos tradicionales.

Otra noticia, encontrada por casualidad, es aún más sabrosa. Fue publicada en *La Vanguardia* el martes 29 de mayo del mismo año de 2012. Aparece firmada por el corresponsal en El Vaticano, Eusebio Val. El titular reza: «El Vaticano niega que un carde-

nal y una mujer estén entre los topos. Las declaraciones de una presunta informante abonan la tesis de un complot». Y el cuerpo de la noticia es digno de un novelón de 1840 o una obra de Dan Brown. Hay de todo allí. Imposible concentrar más carnaza en media hoja. La cosa va como sigue: alguien se había dedicado a robar documentos personales y reservados del papa, y su mayordomo (del que se destaca que hasta hacía poco no hacía más que fregar suelos) es el único acusado. Federico Lombardi, jesuita portavoz de la curia vaticana, insistía en que Paolo Gabriele, *Paoletto*, el pobre mayordomo, era el único implicado, e intentaba restar importancia al asunto. De Lombardi destaca el periodista que ya hizo de cortafuegos del escándalo cuando surgieron los casos de pederastia, protegiendo al pontífice en los momentos más duros de la polémica. Sin embargo, los periodistas (los «vaticanistas», dice el texto, es decir, los expertos en desentrañar oscuras tramas) se preguntan cómo un simple mayordomo, casi un friegasuelos, había sabido seleccionar los papeles de Ratzinger, cuando además estos estaban escritos en alemán, la lengua que utilizan tanto Benedicto XVI como su secretario, y no en italiano, única lengua que entiende *Paoletto*. Conclusión: se ha producido alguna clase de «rebelión interna», culminada en un complot para minar el prestigio del pontífice. Y en este complot habrían participado nada menos que un cardenal y una misteriosa mujer. Pero hay más. El teólogo Hans Küng, «compañero de estudios y antiguo amigo» de Ratzinger (más traiciones, más polémica, más morbo) aparece en escena para denunciar que

el problema de fondo del Vaticano, puesto en evidencia con los últimos escándalos, es que se trata de una forma de gobierno medieval, totalmente inadecuada para los tiempos modernos y sin una voluntad sincera de reforma. Según Küng, el Vaticano debería hacer como hizo la Unión Soviética bajo Gorbachov, aplicar la *perestroika* (reestructuración, reformas) y la *glásnost* (transparencia). El teólogo reprocha a Joseph